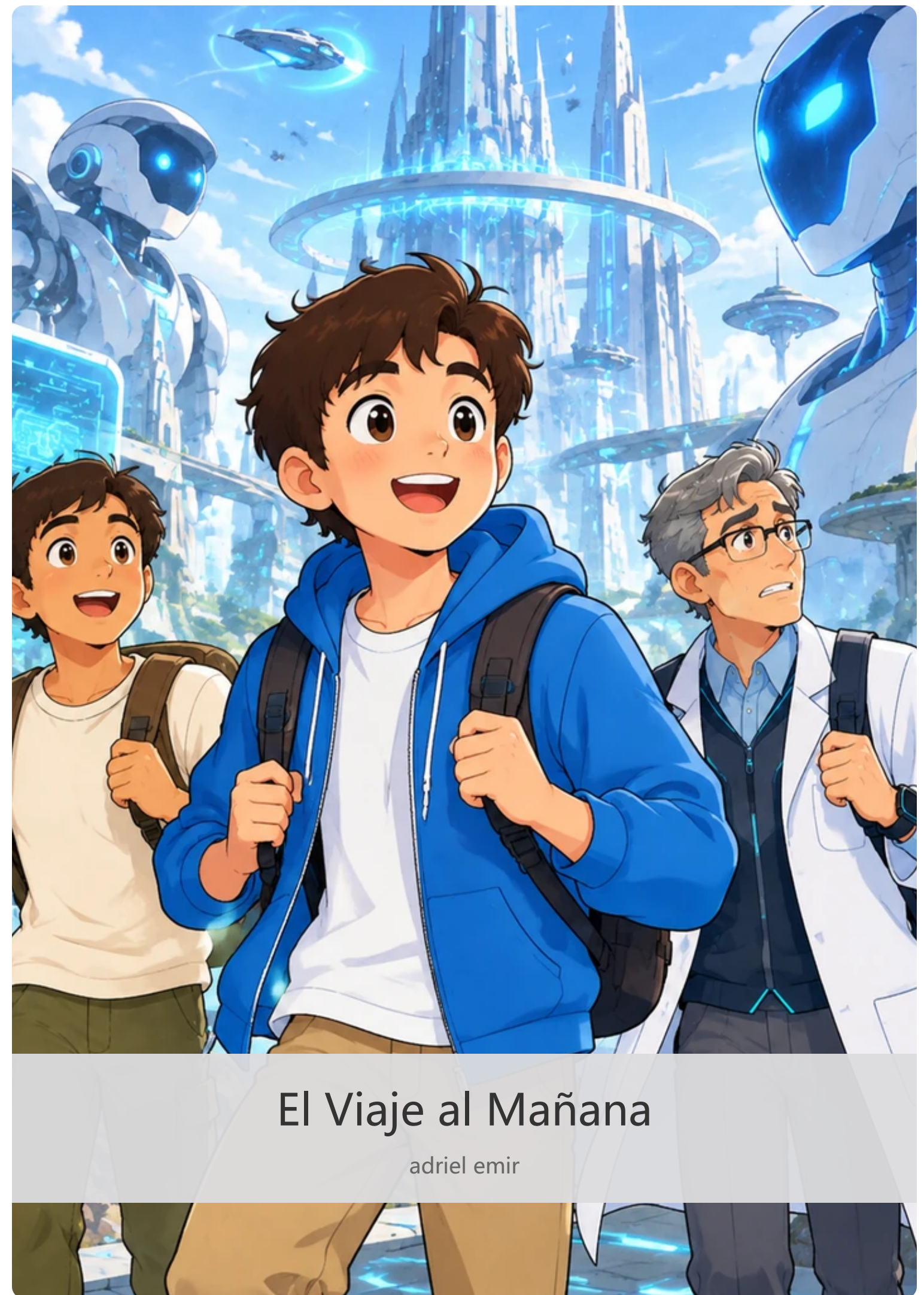




El Viaje al Mañana

adriel emir



En el acogedor y desordenado laboratorio del doctor Héctor, los engranajes brillaban bajo la luz de lámparas antiguas mientras las pantallas parpadeaban con códigos extraños. Víctor y Emile observaban con fascinación cómo una máquina monumental comenzaba a zumbear con una energía plateada y desconocida. El doctor ajustó sus gafas con una sonrisa nerviosa, advirtiéndoles que el experimento estaba a punto de comenzar.



Un haz de luz cegadora envolvió la habitación y los tres amigos sintieron que el suelo desaparecía bajo sus pies mientras flotaban en un torbellino de colores digitales. El tiempo parecía doblarse a su alrededor como una hoja de papel, arrastrándolos hacia un destino completamente desconocido. Al abrir los ojos, el aire crujía con electricidad estática y un silencio imponente.



El trío apareció de repente en el centro de una metrópolis deslumbrante donde torres de cristal puro se elevaban hasta tocar el cielo y flotaban vehículos silenciosos entre los edificios. Robots de formas elegantes y amigables se desplazaban por calles hechas de energía pura que cambiaban de color con cada paso. Víctor y Emile miraban boquiabiertos aquel paisaje urbano sacado de una película imposible.



Una guía robótica de ojos brillantes y flotantes se acercó a ellos para darles la bienvenida con una voz melodiosa y pacífica. El doctor Héctor intentó comunicarse con la máquina mediante su dispositivo de traducción universal, descubriendo que la inteligencia artificial gobernaba la ciudad con sabiduría y bondad. Lejos de ser un lugar peligroso, el futuro vibraba con una armonía perfecta entre humanos y tecnología.



Caminando por puentes colgantes de luz, el grupo exploró jardines colgantes donde árboles artificiales purificaban el aire con destellos fluorescentes. Emile quedó maravillado al ver cómo pequeñas esferas robóticas cuidaban de flores que brillaban en la oscuridad respondiendo a las emociones humanas. Todo en este mundo parecía funcionar como un gran reloj sincronizado por la inteligencia artificial.



Mientras contemplaban el horizonte, una alarma suave pero urgente comenzó a sonar en los comunicadores de la máquina guía. El doctor Héctor revisó rápidamente sus notas científicas y comprendió que el portal temporal que los había traído estaba a punto de cerrarse para siempre. Si no regresaban de inmediato, quedarían atrapados en el año tres mil para siempre.



Con la ayuda de la inteligencia artificial central, los amigos corrieron a través de laberintos de datos holográficos que proyectaban recuerdos y caminos alternativos. Los robots locales se unieron para abrirles paso, utilizando sus campos magnéticos para estabilizar el inestable portal de retorno. La tensión crecía a cada segundo mientras el tiempo corría en su contra.



Frente a ellos se alzaba el gran portal temporal, un vórtice giratorio de energía azul y dorada que conectaba el futuro con su presente. Las fuerzas de la máquina comenzaron a temblar y el doctor Héctor tuvo que calcular la frecuencia exacta para cruzar sin peligro. Víctor y Emile se tomaron de las manos, listos para dar el salto definitivo de regreso a su hogar.



Cruzaron el umbral sintiendo una ráfaga de viento frío y familiar que los devolvió de golpe al suelo de madera del laboratorio del doctor. La máquina humeaba suavemente en una esquina, completamente apagada tras el titánico esfuerzo de la apertura temporal. Los tres amigos se miraron aliviados, sabiendo que habían vivido una experiencia que cambiaría sus vidas para siempre.



Sentados en el estudio rodeados de sus antiguos libros y herramientas, Víctor y Emile sonrieron al contemplar un pequeño engranaje futurista que el doctor Héctor guardaba en su palma. Sabían que, aunque el futuro quedaba muy lejos en el tiempo, las maravillas que habían visto siempre formarían parte de su imaginación. La aventura había terminado, pero la curiosidad por el mañana apenas comenzaba.